Universidad Iberoamericana Puebla

Repositorio Institucional **http://repositorio.iberopuebla.mx**

Revista Magistralis Número 17

La ciencia y la existencia de Dios

Moreno Aranda, José Luis

2015-03-12

http://hdl.handle.net/20.500.11777/475

http://repositorio.iberopuebla.mx/licencia.pdf

MAGISTRALIS, NO. 17, JULIO-DICIEMBRE, 1999

NOTAS CIENTÍFICAS

LA CIENCIA Y LA EXISTENCIA DE DIOS

José Luis Moreno Aranda, S.J*

"Yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea para vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como spiritual, queriéndome vuestra sanctíssima majestad elegir y rescibir en tal vida y estado"

Ejercicios Espirituales, SAN IGNACIO DE LOYOLA

Introducción

La ciencia y la existencia de Dios, frase o título sugestivo que echa a andar nuestra imaginación creativa, que nos obliga a recordar nuestra vida para ver si en nuestro pasado encontramos alguna luz que ilumine nuestra reflexión.

Frase que motiva el morbo existencial a hacer sugerencias fantásticas y a escribir frases lapidarias que la ciencia ficción adopta y luego convierte en dogmas.

Frase que resume el drama, que hasta se vuelve trauma, de aquel que usando lo que nos es propio a los humanos, la inteligencia, se sumerge en el mundo de la ciencia y paso a paso, con emoción sincera y satisfacción orgásmica, va descubriendo los misterios del universo, el planeta tierra, la vida, el ser viviente y el ser inteligente.

Título que ha provocado guerras despiadadas, persecuciones sin

* Doctor en Ingeniería Biomecánica y teólogo; profesor de asignatura, UIA-GC.

cuartel, en donde los aventurados pensadores han acabado excomulgados y quemados en las hogueras inquisidoras, los pueblos se han dividido y los hermanos se han asesinado.

Frase, que ha sido alimento de los grandes hombres y mujeres que mirando a lo más profundo y sagrado de su propio ser, y con ojos que penetran más allá de lo que la vista a su alrededor ve, han dejado plasmado su testimonio en novelas que cimbran nuestra conciencia, en cuentos que cuestionan nuestras formas y en poesía que desgarra nuestro corazón.

Son estas simples, breves y aparentemente inofensivas palabras las que toman los filósofos que con su pensamiento penetrante, lógico y frío, crean sus esquemas y que quieren, por su orden y aparente indiscutibilidad, obligar a los lectores a adoptar este estilo y forma de pensar. Estilo y forma que al evolucionar la ciencia, el pensamiento y la sociedad pasan de moda y dejan de impresionar.

Vamos primero a definir algunos términos para que poco a poco podamos entender qué es eso de la ciencia y si realmente hay existencia de Dios, o es uno más de los mitos y creencias que la incapacidad humana, ante la impresionante realidad, ha creado para así apaciguar su conciencia y darle seguridad a su existencia.

Dios

Me parece que en toda la historia de la humanidad, desde los mismos albores de la aparición del ser consciente hasta la sofisticada época cibernética de las comunicaciones satelitales, los viajes interespaciales y las computadoras personales, no ha habido ningún ser, ente, idea, creación de la conciencia humana, espíritu, realidad, mito o fantasía, sobre el cual se haya escrito, investigado y platicado más, que sobre lo que llamamos Dios.

Dios, o los dioses, ha ocasionado pleitos familiares, luchas revolucionarias, pueblos conquistados y sometidos, represiones, el sacrificio de bellas damas para apaciguar su ira, la construcción de bellísimos edificios y la aportación al acervo mundial de pinturas, esculturas, poesía y música, que es y seguirá siendo testimonio fiel de la sensibilidad y la creatividad del ser humano. Por otro lado también ha sido móvil y sen-

tido de hombres y mujeres que, tras el ideal, han vivido vidas ejemplares al servicio de los demás.

En nuestra cultura occidental, a lo largo de los últimos dos mil años, ha dominado la tradición judeo-cristiana, en donde la palabra Dios generalmente se refiere a un ser supremo, que es la unidad última de la realidad y la bondad última. Así concebido Dios, se le atribuye el haber creado el universo entero, ser el guía y conductor de lo creado, y explicación de todo aquello que nuestra limitada inteligencia no logra entender. El universo, el mundo y el ser humano tienen un proyecto que es el proyecto de Dios.

Todos nosotros, que somos fruto de esa cultura, estamos muy familiarizados con este concepto de Dios. Creo que no hace falta decir más.

La fe, que es el ingrediente indispensable para creer en Dios, la definimos[1] como una actitud del ser entero, que incluye el deseo y el intelecto, dirigida hacia una persona, una idea o, en el caso de la fe religiosa, a un ser divino.

La ciencia

La ciencia positiva la podríamos definir[2], a grandes rasgos, como el conocimiento o el sistema de conocimiento que comprende verdades generales, o la operación de leyes generales que se obtienen a través del método científico; tal conocimiento o tal sistema de conocimiento se refiere al mundo físico y sus fenómenos. Entonces podemos decir que la historia de la ciencia es la descripción y explicación del desarrollo de este pensamiento.

La ciencia no es un conocimiento aislado que se da en flashazos, sino que es una actividad acumulativa y progresiva. Esta visión de la ciencia tiene profundas implicaciones filosóficas, y de hecho los esfuerzos por definir la naturaleza de la ciencia son parte de la tarea de la historia de la filosofía.

---

[1] *American Heritage Dictionary*, 1997.
[2] *Merriam-Webter's Collegiate Dictionary*, 1999.

Un poco de historia

Inicios de la ciencia

Esta gran empresa humana que hoy con orgullo y admiración llamamos ciencia se inicia cuando el *homo sapiens* aparece sobre la faz de la tierra e identifica para su sobrevivencia ciertos fenómenos físicos que se repiten periódicamente: el movimiento del sol que marca el día y la noche, que proveen el ritmo básico de su vida, las estaciones del año que marcan los periodos migratorios de los animales y los ciclos agrícolas, conocimiento indispensable para no morir de hambre. La ciencia definida simplemente como el conocimiento de los procesos naturales es universal entre todos los humanos y ha existido desde la aparición del hombre sobre la tierra. Los primeros testimonios en pinturas o rudimentarios dibujos o escritos datan de hace como cinco mil años, en las civilizaciones de la Mesopotamia y el río Nilo. Aquí aparecen las primeras formas elementales de la aritmética, la geometría, la astronomía, la ciencia de contar el tiempo, medir los terrenos, cultivar la tierra y curar a los enfermos.

Los griegos retoman el conocimiento mesopotámico y desarrollan una geometría poderosa y de gran rigor intelectual, y hacen lógicas especulaciones sobre la naturaleza del universo. Este gran impulso a la ciencia se le atribuye a Thales de Mileto, un hombre que cambia el comercio por la reflexión.

Los presocráticos, Parménides, Heráclito y Demócrito, hacen gala de un pensamiento lógico, claro y nítido, presentado sus teorías sobre el ser, el universo y la materia. La escuela pitagórica le da a los números la categoría del principio de todas las cosas y desarrolla toda una teoría.

Empieza ya, en estas tan tempranas reflexiones, la tensión entre la ciencia positiva y la reflexión filosófica. Sócrates califica de especulación estéril la de sus antecesores, ya que niegan al ser humano como el centro de reflexión, pues su predilección son los fenómenos del mundo físico.

Sócrates propone como el móvil del quehacer científico la búsqueda de la verdad, la justicia y la virtud como normas de la conducta humana y desarrolla un poderoso pensamiento de argumentos inductivos y definiciones universales.

Platón, el distinguido alumno del gran Sócrates, usando el pensamiento dialéctico del maestro y fuertemente influenciado por la teoría pitagórica de los números, crea su famosa doctrina de las formas y eleva las matemáticas a la cumbre de la actividad científica, ya que las considera el instrumento pedagógico adecuado para capacitar la mente en el razonamiento abstracto, necesario para comprender la realidad de las formas.

Quizá el más distinguido estudiante de esta academia es Aristóteles, quien resultó ser el más severo crítico de la doctrina platónica de las formas y de las matemáticas. Reemplaza la dialéctica por la lógica silogística, que obtiene conclusiones a partir de postulados asumidos, y la ciencia que emerge de este método es cualitativa, ya que está fuertemente fundada en el sentido común y esto necesariamente genera una física sin matemáticas.

Si quisiéramos estudiar las razones del mortal combate que la teología, la ciencia que estudia a Dios, le declaró a la ciencia positiva, deberíamos empezar por analizar las posturas del maestro Aristóteles y de sus seguidores.

La mayoría de las veces, las radicales posturas que impiden el diálogo no son las del maestro sino la de los nefastos seguidores, que convierten al maestro en dogma, absolutizan su pensamiento y son incapaces de cuestionarlo y así avanzar con madurez intelectual.

Es increíble el daño que hacemos cuando no somos capaces de dialogar con apertura y sinceridad.

La Edad Media

Durante la edad media se establecen las primeras universidades, que servirán como centros para el estudio y desarrollo de la ciencia. En el siglo XIII la poderosa mente de Santo Tomás de Aquino inaugura la teología natural al producir una síntesis entre la filosofía aristotélica y la doctrina cristiana. Tomás de Aquino enfatizó la armonía entre la razón y la fe.

En 1277, poco después de la muerte de Tomás de Aquino, el arzobispo de París condenó 219 de sus proposiciones, la mayoría aristotélicas. Como resultado de esta condenación, la alternativa nominalista

asociada con Occam y su poderosa navaja se desarrolló. Los nominalistas tienden a separar la ciencia de la teología, postura que será de vital importancia cuando en el siglo XVII la ciencia cuestione fuertemente a la teología.

Inicio de la revolución científica

En el año 1543, *Sobre las revoluciones de la esfera celeste* fue publicado por el astrónomo polaco Nicolás Copérnico y este hecho es considerado tradicionalmente, como la inauguración de la revolución científica. No son los cielos los que giran alrededor de la tierra, sino la tierra la que gira alrededor del sol. Golpe mortal a las ancestrales creencias. Infancia ingenua de la humanidad, que de pronto se abre a la pubertad adolescente, que se niega a aceptar la realidad porque ha perdido la seguridad materna.

En 1576 el astrónomo danés Tycho Brahe funda su observatorio, al que llama Uraniborg en honor a Urania, la musa de la astronomía. Sus observaciones sobre el movimiento de las estrellas tienen una precisión nunca antes lograda y contribuye al rechazo de la cosmología aristotélica.

La física aristotélica del sentido común queda relegada como refugio de los timoratos y asustados, ya que ahora la cosmología basa sus teorías en modelos matemáticos.

Dos descubrimientos científicos y un acontecimiento histórico

Según mi manera de ver la historia de la ciencia y de la humanidad, ha habido dos grandes descubrimientos científicos y un desconcertante acontecimiento histórico en la evolución de la humanidad que han cuestionado no sólo las creencias científicas, modos de pensar y estilos de vivir de su tiempo, sino que también han trastocado la misma concepción que el ser humano tiene del cosmos, de sí mismo y de Dios. Los descubrimientos científicos son la revolución copernicana y la teoría de la evolución de Darwin. El acontecimiento histórico es Jesucristo, que se dice hijo de Dios.

Qué difícil resultó para los contemporáneos y para las primeras generaciones herederas de estos hechos ver que todas sus seguridades, basadas en relatos bíblicos literalistas, eran cuestionadas y se volvían insostenibles.

El mesías, el que tanto habían esperado y sobre el cual se habían creado grandes expectativas, el que se dice hijo de Dios, es un humilde carpintero que cambia la fuerza por el perdón y el poder por el amor.

No es la tierra el centro del universo, ni los hombres y mujeres hijos, en línea directa, de Adán y Eva. El *Génesis,* que durante siglos y siglos fue fuente segura de la historia de la humanidad, ahora tendrá que ser reinterpretado.

No sin razón se polarizan las posturas, se condena a los actores, se registran los libros en el índice de los prohibidos, y se tacha a los creyentes de ingenuos, mentirosos y opio del pueblo sencillo y oprimido.

La ciencia avasalla y supera a la sencilla fe, que encontraba su razón en el milagro, la explicación de lo desconocido y se inculcaba en el pueblo con poder, temor, amenaza y excomunión.

Los descubrimientos se multiplican y los cuestionamientos sobre Dios aumentan

Kepler, hombre creyente y de piedad intachable, en el año 1609 publica su *Nueva Astronomía,* donde propone sus dos primeras leyes sobre el movimiento de los planetas. Simultáneamente el gran Galileo Galilei propone la nueva ciencia de la dinámica para las explicaciones celestes. Galileo también contribuye fuertemente a la ciencia heredando una impresionante cantidad de observaciones astronómicas.

Galileo ha sido considerado como el prototipo del científico reprimido y mártir por la causa de la libertad de pensamiento, ya que fue obligado en Roma a arrodillarse y renegar en público de lo que él mismo había expresado en sus libros.

Europa había descubierto y conquistado el nuevo mundo. Los imperios crecían y se afianza su poder. La evangelización cambiaba las costrumbres ancestrales y uniformizaba el pensamiento, centrando el poder intelectual en los castillos y universidades de las principales ciudades europeas.

En este clima de imperios, conquistadores y conquistados, élites intelectuales y masas sumisas, Isaac Newton, parándose en los hombros de los gigantes que lo antecedieron, como él mismo lo expresa, propone un conjunto de leyes fundadas en las matemáticas, que predicen con precisión nunca antes sospechada el movimiento de los cuerpos. Mecánica, que ahora llamamos clásica, que es fruto de la evolución intelectual de la humanidad.

No faltan los emocionados pensadores que dicen que si podemos predecir el movimiento de la tierra, de las lunas y de los cañonazos en el campo de batalla, pronto podremos predecir también los movimientos y destino del ser humano.

Por primera vez aparece en el pensamiento del ser humano que Dios pudiera no existir. Pero es tan desconcertante y aterrador este mal pensamiento que los labios no se atreven a pronunciar, ni mucho menos las plumas a escribir. Sin embargo, es claro que una nueva forma y estilo de ver el mundo, al hombre y a Dios, se está gestando.

Por su parte la biología y las ciencias de la vida también se desarrollan. Vesalius publica su libro de anatomía en el 1543. Harvey, en el 1628, descubre la circulación de la sangre. Aparece el microscopio y empezamos a entender el origen de las enfermedades.

Surge nuevamente el mal pensamiento, no es Dios el que gobierna, sino las bacterias las que enferman.

Los hombres de ciencia que estaban comprometidos con la Iglesia tratan de encontrar en los relatos bíblicos una explicación de los descubrimientos científicos.

El siglo XIX

La humanidad, que en siglo XVI atravesaba por la pubertad científica y se negaba a aceptar la realidad, pero se aventuraba cada vez más, llega a la madurez intelectual en el siglo XIX. Las posturas conservadoras, herencia de siglos de tradición, se vuelven insostenibles, las creencias son sacudidas y por primera vez se oye con voz fuerte y segura: Dios no existe, es creación de la mente y fruto de la incapacidad e inmadurez humana.

El siglo XIX, siglo en el que la humanidad calcula con precisión la

mecánica celestial, conoce los microorganismos e inicia la revolución industrial y, habiendo dominado el vapor siembra vías de tren que unen a las principales ciudades, ahora presencia el gancho al hígado y el golpe a la mandíbula que los científicos, basados en sus estudiadas teorías, darán a la más profunda y sagrada creencia que ha sido herencia de siglos y razón de ser de miles y miles de generaciones que han desfilado por el mundo: la existencia de Dios.

La humanidad, que pasaba de la niñez a la pubertad del desarrollo científico en el siglo XV, que se hizo adolescente en los siglos XVI y XVII y se regocija en su juventud aventurera y audaz en el siglo XVIII haciendo modelos matemáticos del cosmos conocido, prediciendo el movimiento de los objetos y cuantificando la gravedad, ahora en el siglo XIX entra de lleno en la edad adulta.

La joven humanidad del siglo XVIII, que consideraba como mal pensamiento el poner en duda la existencia y supremacía de Dios como creador y dueño del destino del mundo, ahora en el siglo XIX se vuelve adulto joven que, lleno de orgullo porque se sabe fuerte y está dispuesto a conquistar el futuro, grita a los cuatro vientos y se ufana de su descubrimiento: Dios no existe, la ciencia ahora lo explica todo y en la medida que sigamos adelante terminaremos por desmitificar lo mítico y entender lo que ahora llamamos divino.

Ha sido un largo proceso de maduración; han tenido que pasar muchos siglos de conocimiento que se ha ido acumulando de generación en generación; se han gastado y desgastado muchas vidas; se han gestado muchas teorías que han provocado controversias, pleitos, persecuciones, algunas de las cuales han tenido que ser sustituidas por otras y las más afortunadas han sido retomadas, aumentadas y potenciadas.

El gran acontecimiento histórico, como los que ocurrieron en el siglo XIX, no es fruto de un hecho aislado sino de la suma sincrónica y diacrónica de muchos pequeños sucesos que muchas veces por ser simples diferenciales ni siquiera notamos. Pero al integrar los diferenciales obtenemos el área que muestra la totalidad de la realidad.

El fenómeno científico y filosófico que irrumpe en el siglo XIX y que le ha dado color, sabor y emoción al siglo XX no es casual, ni tampoco fruto del demonio, que viene a ganarle terreno a Dios seduciendo las conciencias de los débiles hombres, sino que es causado por

la incansable e insaciable necesidad que el ser humano tiene, como individuo y como especie, de conocer cada vez más quién es y qué hace en este mundo.

Charles Darwin

Los temblores, los ciclones, los huracanes y los terremotos intelectuales que presenciará este siglo y que provocarán temor, desasosiego, adhesiones incondicionales, condenas exageradas y polarización de posturas, los inaugura la presentación que hacen Charles Darwin y Alfred Russel Wallace en 1858 de su famoso artículo llamado: "Sobre el origen de las especies mediante la selección natural, o la preservación de las razas más favorecidas en la lucha por la vida".

El hombre hecho de barro que recibe la vida cuando Dios sopla sobre él y la mujer hecha de la costilla del hombre pasan ahora a ser cuentos piadosos sin fuerza histórica, que las abuelitas seguirán contando. Resulta ahora que no fue ni pera ni manzana lo que la golosa Eva se había comido y el débil e inocente del hombre había compartido, sino que ni siquiera era fruta, ya que ahora la humanidad conoce que el ser humano es fruto de la evolución y no de la generación espontánea, y que si quiere conocer a sus antepasados no los encontrará en el relato bíblico sino en la especie de la cual evolucionó.

La teoría de la evolución no es un hecho aislado que de repente aparece, como un mago aparece un conejo de su sombrero, sino que es la culminación de siglos de búsqueda y de miles de vidas dedicadas a la ciencia.

La teoría darwiniana de la evolución, que usa el método científico, el razonamiento lógico y los datos contundentes, no sólo afecta a los creyentes herederos de la tradición religiosa judeo-cristiana, sino que afecta a todos los humanos que ven cuestionado lo que nunca antes se había dudado: sus ancestrales creencias sobre el origen del hombre, sea cual fuere la que tenían. Creencia que le había dado coherencia a su cosmovisión y sentido a sus vidas.

El muro que se sentía inamovible, el cimiento del cual se desplantaba el edificio completo, han sido aniquilados, y al caerse el muro se abren a la visión del hombre valles, montañas y ríos que se creían inexistentes

y que tendrá que recorrer, conocer y cultivar para nuevamente edificar su destino.

La madurez intelectual a la que el ser humano ha llegado no se recibe como noticia buena, ni tampoco como consuelo de los esforzados hombres y mujeres que se afanan por construir la tierra, sino como un golpe duro y seco en la cabeza, que cimbra al ser completo y lo invita a empezar de nuevo.

Los intelectuales de la época se dedican a popularizar este nuevo conocimiento. En los círculos sociales más exclusivos de la sociedad de las grandes ciudades se adopta como moda este nuevo lenguaje. La palabra se pasa de boca en boca, el chisme la deforma y los pseudocientíficos se enriquecen escribiendo ficción, que deja de ser ciencia y que por morbosa se acepta como la buena.

Se tomaron posturas, se recrudecieron las diferencias y se cerraron, con la fuerza de la sinrazón las puertas del diálogo y la comunión.

Había que esperar todo un siglo para que un grupo de comprometidos seguidores del humilde carpintero de Nazaret, encabezados por el jesuita Tehilard de Chardin, se volvieran los heroicos científicos que abran las puertas y empiecen a borrar las diferencias.

El golpe fue duro, la recuperación ha sido lenta.

Hay que reconocer el gran mérito de Darwin, quien a pesar de sentirse cuestionado hasta la médula de sus huesos nunca hizo afirmaciones que pusieran en duda la existencia de Dios, más bien mantuvo un sepulcral silencio. De este trabajo se encargaron los nefastos seguidores del maestro.

Karl Marx

Estando así las cosas y cuando muchos creyeron que este descubrimiento, que se había vuelto el gran cuestionamiento, era suficiente para este siglo, viene el segundo golpe, que siendo de una disciplina distinta, en este caso le tocó a la filosofía social, nuevamente vuelve a crear confusión y división. Y es tan profunda y sentida la nueva concepción que de lo económico-social se propone, que no sólo cambia la manera de pensar sino que divide el mundo en dos bloques: el Este y el Occidente, el mundo socialista y el capitalista.

El agudo, penetrante y certero pensamiento de Marx desnuda la organización social y desmitifica el aparente orden económico, cuyas raíces no eran el crecimiento armónico que promueve al hombre, sino el enriquecimiento de los dueños de los medios de producción a costa del empobrecimiento de las mayorías.

Desmitificar la relación social trastocó no sólo el mundo de la producción, sino también el de las instituciones y su organización jerárquica.

La religión organizada, y junto con ella la existencia, presencia y acción de Dios en la historia, se vio cuestionada y vituperada, ya que Marx la identifica como uno de los obstáculos a vencer para lograr la sociedad igualitaria.

Marx no sólo puntualiza y desmitifica sino que frontalmente ataca y dice: "La religión es el susurro de la creatura oprimida, el corazón de un mundo sin corazón, el alma de las condiciones sin alma. Es el opio del pueblo"[3].

Resulta que ni el ser humano es fruto de la generación espontanea ni tampoco la organización socioeconómica es designio de la mano divina. El hombre, como especie, juega las mismas reglas del juego que la biología dicta y su organización social se vale del mismo mecanismo que permite a otras especies menos evolucionadas sobrevivir: el más dotado usa para su beneficio al débil. Se ha legalizado, justificado y santificado esta relación.

La defensa es fuerte y sangrienta. Las revoluciones se multiplican, los gobiernos se cambian, las costumbres se modifican y la gente se adapta. Dios, el Padre protector que le había prometido a Abraham un pueblo tan numeroso como las estrellas del cielo y una tierra que mana leche y miel, no sólo deja de tener vigencia e importancia para que la igualdad se dé, sino que se le identifica con el opresor.

Dios, la religión, el culto, el catecismo, el sacramento y la oración han quedado clasificados en la misma categoría que las drogas que adormecen, inutilizan y destruyen.

La evolución del pensamiento filosófico y el desarrollo científico y tecnológico de la segunda mitad del siglo XIX podríamos compararlos con las pequeñas burbujas que en el fondo del recipiente empiezan a formarse y a subir con violencia a la superficie cuando el agua está lle-

[3] *A Contribution to the Critique of Hegel's Philosophy of Right*, "Preface", 1844.

gando a su temperatura de ebullición. Las burbujas se multiplican, el ruido aumenta, la desestabilización se nota, la tensión superficial se rompe y, mientras la fuente generadora de energía calorífica no se agote, el agua hervirá, el desorden se generalizará, el mismo recipiente se bamboleará, pero el agua se purificará.

La energía calorífica que va permitiendo que la temperatura del agua aumente es indudablemente el ingenio, la visión, la pasión y la decisión, que es parte esencial de lo humano de nuestra condición.

Sigmund Freud

Más leña al fuego, más energía calorífica suministrada al sistema, serán los trabajos del creador del psicoanálisis, Sigmund Freud, el primero que usando el método científico explora el subconsciente de la mente humana.

Los descubrimientos de Freud cambian significativamente el concepto de hombre que había acumulado la humanidad durante siglos y trastoca el papel que de creador, guía y orientador de la historia jugaba Dios.

Freud puntualiza que no es el hombre el que ha sido creado a imagen de Dios, sino Dios a imagen del hombre. Dice textualmente:

> El psicoanálisis de seres humanos individuales, sin embargo, nos enseña con especial insistencia, que el dios de cada uno de ellos está formado a imagen de su padre, que su relación personal con Dios depende de su relación con su padre carnal y oscila y cambia junto con esta relación, y que, en el fondo, Dios no es otra cosa que un padre exaltado.[4]

No compara la religión con el opio, pero sí señala que la religión es una de las reliquias neuróticas que debe ser substituida por operaciones racionales del intelecto[5].

A la fe le quita cualquier valor que pudiera tener en relación con el Trascendente, pero, sin embargo, le encuentra una utilidad. Cito textualmente:

---

[4] *Totem and Taboo. Complete Works*, vol. 13, edited by James Strachey and Anna Freud, 1953.

[5] *The Future of an Illusion*, vol. 21, Ch. 8, *Complete Works*, edited by James Strachey and Anna Freud, 1961.

> Los creyentes devotos están salvaguardados en un alto grado contra los riesgos de ciertas enfermedades neuróticas; su aceptación de la neurosis universal los libra del trabajo de construir su propia neurosis[6].

El siglo XX

A principios del siglo XX está el agua a punto de ebullición. Desmitificado el origen del hombre, las relaciones sociales y los poseídos por el demonio —que resultaron ser simples loquitos—, el mundo se enfrenta a guerras mundiales, sangrientas revoluciones, países amurallados y familias divididas.

La física moderna, usando el legado que Newton había dejado, no se queda atrás en descubrimientos espectaculares. La teoría de la relatividad cambia el concepto del tiempo y de la eternidad. La mecánica cuántica plantea el principio de la incertidumbre y la dualidad de la partícula y la onda. El concepto de lo real, de lo que la filosofía en todas sus escuelas y corrientes se sentía segura, ha sido trastocado y cuestionado, y tiene que ser modificado.

Darwin explica el origen y evolución del ser viviente que ahora llamamos humano; la física relativista y la mecánica cuántica completan el trabajo describiendo con precisión matemática el origen y evolución del universo entero. Calculan su edad, que ahora sabemos es como quince mil millones de años, descubren que está en continua expansión y su futuro es incierto.

La revolución copernicana se ve multiplicada porque ahora sabemos que no sólo no somos el centro del universo, sino que la tierra no es más que una arenita perdida en la inmensidad del mar.

Primera reflexión

Y Dios, el creador, orientador, artífice y constructor del universo, ¿dónde queda? Y al hombre, imagen y semejanza de ese gran Señor, ¿qué futuro le espera?

---

[6] *The Future of an Illusion*, vol. 21, Ch. 8, *Complete Works*, edited by James Strachey and Anna Freud, 1961.

Ríos de tinta han corrido por las plumas de los hombres y mujeres que tomando en serio el reto han pretendido dar respuestas claras, convincentes, y muchas veces contundentes. Bosques completos han sido talados para que las ideas recorran los países, alcancen todas las ciudades y penetren en las casas. Los esfuerzos se han multiplicado y los gastos no se han escatimado.

Sin embargo nosotros, hoy, aquí y en este momento seguimos preguntándonos la misma pregunta: ¿es verdad que Dios existe?, ¿es verdad que ha pensado, creado y orientado el universo, la tierra y el hombre?

Salimos al campo y lejos de las artificiales lámparas que encandilan nuestros ojos y del ruido que sofoca nuestra imaginación volteamos al cielo esperando una respuesta. Y después de un rato de silencio y soledad llega a nuestra mente la siguiente pregunta: ¿qué hago aquí?, ¿por qué existo y para qué tanto afán por sobrevivir si finalmente he de morir? En lugar de encontrar la respuesta y el consuelo esperado, encontramos la pregunta que cala e incomoda.

Decidimos regresar a la ciudad, entrar en la casa y buscar una solución metiéndonos en el laberinto de las respuestas que los filósofos tienen para nosotros. Unos afirman que Dios es creador y el mundo es tránsito para la eternidad. Otros los contradicen usando la misma nitidez y claridad de pensamiento y lógica de razonamiento. Ninguno nos trae la paz y le da sentido a nuestra búsqueda.

Oímos de lejos al Zaratustra de Nietzche: "Una vez el espíritu era Dios, entonces se convirtió en hombre, y ahora se está volviendo la multitud"[7].

Dios no existe. Lo que la ciencia sospecha, la profunda reflexión existencial lo afirma.

"El hombre es una pasión inútil"[8], la vida y el mundo entero no tienen sentido, porque existo aunque no quiero existir y no entiendo por qué existo, dice Sartre, convencido que el mismo destino es para el animal, la planta y el ser humano: morir y desaparecer.

---

[7] *Así hablaba Zaratustra.*
[8] *Being and Nothingness.*

Respuesta del Señor Jesús

Ya un poco cansados y muy desesperados, nos sentamos debajo de un árbol, aquel que hace tres siglos ayudó a Newton al gran descubrimiento científico. Vemos con los ojos que llevamos en el corazón al humilde carpintero de Nazaret, al Señor Jesús, que con amor nos mira a los ojos y su mirada penetra, cala, pacifica y ocasiona emoción, y con voz tranquila, suave, amorosa y retante dice: "Yo te bendigo, Padre, Señor del cielo y de la tierra, porque has ocultado estas cosas a sabios e inteligentes, y se las has revelado a los humildes y sencillos"[9].

La respuesta no está ni en la ciencia ni en la filosofía

Las palabras penetran, permanecen en el corazón, suben a la razón y después de mucho meditar se nos caen las escamas de los ojos, penetra la luz y ahora sí entendemos que no es en la ciencia, ni en la escrupulosa reflexión filosófica, en donde encontraremos la respuesta, sino en la opción libre y personal por la radical experiencia de la existencia, vivida desde la perspectiva del Maestro Jesús.

Sólo en la libertad está el sentido

No puede ser el milagro, ni la ciencia, ni el misterio, ni el contundente argumento sin vida del filósofo, lo que convenza, orille y obligue, porque esto radicalmente niega lo que esencialmente nos constituye, el dinamismo humanizante e ingrediente indispensable para que al ejercerlo potenciemos lo que de humano somos: la libertad.

El sentido y la posibilidad de que Dios surja en nuestra vida como camino es quitarnos los ropajes que nos hemos echado encima y que limitan nuestra libertad: el temor al frío existencial, el orgullo científico que logra tocar a la partícula elemental y diseñar el modelo que predice su comportamiento, la falsa seguridad que el razonamiento filosófico nos da, que más que convencernos nos entretiene y nos evita

[9] Lc 10, 21.

pensar. Y así sabiéndonos solos, frágiles, incapaces e inocentes niños, dejarnos tocar el corazón por el buen Dios, el Padre que nos recibe y nos revela lo que la ciencia no entiende ni imagina, lo que la filosofía ni siquiera sospecha: el sentido y la razón del universo, el mundo y yo mismo.

La fe

Dios, la experiencia de Dios, la fe, no tienen que ver sólo con la razón, sino principalmente con el corazón.

Dice Kierkegaard, al que llamamos el padre del existencialismo, que: "la fe empieza en donde el pensamiento se detiene... La fe es la pasión más grande en una persona. Probablemente hay muchas generaciones que no han llegado a la fe, pero nadie puede ir más allá"[10].

Verdades objetivas y subjetivas

La verdad objetiva

La ciencia trata con verdades objetivas. Este tipo de verdad es demostrable, predecible e inobjetable. Estas verdades no se aceptan sino que se imponen. La verdad objetiva o científica desarrollada en una época es retomada por la siguiente generación, la cual la aumenta y sofistica. La historia de la evolución intelectual del ser humano es la historia de la ciencia.

Son cuatro las condiciones más importantes que caracterizan la verdad científica u objetiva:

1. Que es acumulable. Lo que ya se descubrió es cimiento para el siguiente descubrimiento.
2. Que es inobjetable, porque es demostrable usando las herramientas de la ciencia, como son las matemáticas y la experimentación.
3. Que es universal, ya que es aceptada por todos los hombres sin importar razas, colores, culturas o costumbres.

[10] *Fear and Trembling.*

4. Que no tiene ningún impacto en cuanto a nuestro proyecto existencial. Nos es indiferente. Si descubriéramos que la aceleración de la gravedad no es 9.8 m/sec^2 sino 10.4 m/sec^2, en nada cambiaría nuestro problema existencial. No impacta lo que más nos preocupa, que es sentido de la vida.

La verdad subjetiva

Hay otro tipo de verdades, de naturaleza muy diferente a las objetivas, y éstas son las verdades subjetivas.

Como su nombre lo dice, son verdades que no son demostrables, ni mucho menos inobjetables, ya que dependen del sujeto. La fe, el sentido de la vida, Dios creador, orientador y destino último del hombre, son realidades que tienen que ver con las verdades subjetivas.

Son también cuatro las características más importantes que identifican a una verdad como subjetiva:

1. Que no es acumulable. Cada individuo, generación tras generación, milenio tras milenio, tiene que empezar de nuevo desde abajo, tocando fondo, desarrollando y purificando su verdad.

2. Que no es demostrable y por lo tanto es discutible. No es posible nunca estar seguro, con certeza científica, que es correcta o falsa.

3. Que no es universal, ya que depende del individuo y se ve fuertemente afectada por la cultura, raza, costumbres, etcétera.

4. Que sí tiene impacto en nuestra vida y es la que determina nuestro proyecto existencial, ya que de esta verdad depende el sentido y la razón de existir. Si una de nuestras verdades subjetivas cambia, se altera todo nuestro dinamismo. Si de repente nos convencemos que Dios no existe si antes creíamos en Él, o que sí existe si antes no creíamos en Él, toda nuestra vida, sentido, orientación e incluso hasta nuestras actividades diarias cambiarían.

La ciencia y la fe, dos realidades distintas

El diálogo de la fe con la ciencia no ha sido fácil. Los ataques han sido frontales y muchas veces las defensas por ambas partes han sido vis-

cerales y cargadas de orgullo y desprecio, que sólo han provocado un mayor distanciamiento.

Pero caemos en la cuenta que son dos campos de trabajo distintos, dos maneras diferentes de abordar la realidad. Por ser campos de trabajo diferentes, la colaboración entre las dos las enriquece, porque sólo hay posibilidad de crecimiento cuando las partes son diferentes, pero debe realmente existir deseo de dialogar y colaborar para que la complementariedad se dé.

Indudablemente que la ciencia y la fe pueden trabajar con un mismo objetivo: que el hombre viva y viva en plenitud, porque ésta es la verdadera gloria de Dios.

La fe es una opción personal que posibilita el grado máximo de humanización

Es claro y evidente que la fe, la fe en Jesucristo, en Batman, en el dinero, en la prepotencia o en lo que se nos ocurra, es una opción radical, a través de la cual la vida entera adquiere sentido y razón.

No puede haber fe en Jesucristo y su Padre bondadoso si no tenemos un corazón sencillo, humilde, dispuesto y comprometido que permita ser tocado por el Espíritu. Un corazón que no haga preguntas, sino que se goce en la verdad. Un corazón que no pide, sino que acepta porque se sabe amado.

La fe no tiene lógica, ni argumentos, ni respuestas al estilo objetivo, es simplemente la decisión última a la que el hombre puede enfrentarse y, por ser esta decisión la expresión máxima de la libertad, es el grado máximo de humanización.

A través de la fe, ejercicio último de nuestra libertad, el pan y el vino se convierten en cuerpo y sangre, la cola del cometa nos transporta a la eternidad, el muerto resucita, el fanático se quema y el envidioso se aniquila.

El sabernos con libertad es angustia existencial

Pero lo verdaderamente desconcertante e impresionante es que nada

produce mayor angustia existencial que sabernos libres y ser conscientes de que de mi decisión, que para ser verdaderamente significativa, se fundamenta en una verdad subjetiva, dependerá mi existir completo y la posibilidad de llegar a ser el ideal para el cual fui creado.

Es con temor y temblor que el proyecto existencial es asumido, asimilado y vivido.

La fe es el grado máximo de la expresión de nuestra humanidad. Dice Kierkegaard, el gran profeta de la fe: "La fe es una maravilla, y así ningún ser humano está excluido de ella; porque lo que une a toda la vida humana es la pasión y la fe es una pasión"[11].

La libertad, que es la posibilidad de ser mediante el movimiento de la fe, nos da tal temor y nos ocasiona tal temblor que preferimos regalársela al primero que pasa, regalársela a Televisa en su proyecto de enajenación, a Karl Sagan y su ciencia ficción, a Stephen Hawking y su vanidad científica, o a aquel que nos ofrece tranquilizar nuestra conciencia a costa de dejar de ser.

Este es el verdadero drama de la existencia, decidir por un sentido.

El verdadero problema no es la pasión por la ciencia o buscar la explicación hasta del último movimiento del quark más misterioso y de la partícula que también es onda, sino preguntarme y ¿por qué y para qué busco? Ahí está el verdadero drama y es a partir de aquí que nos damos cuenta que no está en la ciencia la decisión por el sentido y por Dios, sino en mi interior.

La ciencia impregnada de fe es una ciencia que sabe hacia dónde caminar, una fe impregnada de ciencia es una fe que sabe cómo caminar.

El gran inquisidor

Quisiera terminar contándoles una maravillosa historia, fruto de la pluma de Fyodor Dostoievski, uno de los gigantes de la literatura. Dostoievski entendió la vida en toda su radicalidad, y gracias a su maravilloso ingenio y a su tremendo talento nos la explica con sencillez, crudeza y realismo.

[11] *Fear and Trembling.*

Esta pequeña historia aparece en el Capítulo V del Libro V de la novela *Los Hermanos Karamazov*. Este capítulo se llama: "El Gran Inquisidor".

La acción se desarrolla en Sevilla, España, en pleno siglo XV. Jesucristo, para cumplir con su promesa decide regresar para visitar a su gente, aunque fuera por un momento. La noche en que llega a la plaza de Sevilla, el rey, los caballeros más distinguidos, los cardenales y las damas más guapas y cotizadas van retirándose después de haber presenciado cómo un ciento de herejes habían sido quemados "A la Mayor Gloria de Dios". Jesús pasa y todos lo reconocen, pero nadie se atreve a mencionar su nombre. Su corazón irradia amor, su mirada es dulce y tranquila, su presencia agita los corazones. La gente llora y besa el lugar por el que va pasando. Es él, realmente es él. En plena conmoción, alegría y llantos el cardenal cruza la plaza y levantando el dedo ordena a los soldados tomen preso a Jesús. La gente obediente y haciendo un silencio sepulcral se arrodilla, recibe la bendición del cardenal y se retira.

En la bóveda oscura, húmeda y maloliente de la cárcel, el cardenal, el Gran Inquisidor, se dispone a juzgar a Jesús.

Durante todo el juicio sólo el Inquisidor habla argumentando su decisión. (Las citas no son textuales).

> Esa misma gente que hoy besaba tus pies, mañana, cuando yo se los indique, te quemarán.
>
> Tú fuiste el que una y otra vez dijo: lo que quiero es hacerlos libres. Pues ahora ya viste a los hombres libres.
>
> Tienes que saber que ahora están más persuadidos que nunca de que son completamente libres y, al mismo tiempo, ellos han traído y depositado obedientemente su libertad a nuestros pies.
>
> Te voy a decir en dónde estuvo tu error: haber vencido las tentaciones en el desierto.
>
> El espíritu inteligente y del temor, el espíritu de la autodestrucción y el no ser, el gran espíritu, te propuso la solución para la humanidad, pero porque realmente quieres a los hombres la rechazaste.

Es interesante notar cómo en la interpretación de Dostoievski el demonio no tiene ninguna connotación de depravado sexual, o asesino, o glotón, sino del espíritu que crea temor y confusión para que al no decidir el sujeto no pueda ser.

Dice el Gran Inquisidor que si alguna vez ha habido un milagro en la historia de la humanidad, ése fue precisamente el hecho de pensar, de inventar las tres preguntas, objeto de las tentaciones, porque en esas tres frases humanas se encuentra contenida toda la historia futura del mundo y del hombre. Estas tres imágenes revelan todas las contradicciones históricas insolubles de la naturaleza humana.

Primera tentación

Tu vienes al mundo con las manos vacías y una promesa de libertad, pero bien sabes que nada es más insufrible para el hombre y la humanidad que la libertad. Cambia las piedras en pan y la humanidad, como ovejas, te estará por siempre agradecida, y obedientes siempre estarán a tu servicio.

Si hubieras aceptado comprar con pan la libertad de la gente, se hubieran resuelto tres problemas:

1. La posibilidad de la paz, ya que dependen de ti y de tu pan. El hombre sabe que la libertad y el pan son incompatibles, ya que ellos nunca podrán compartir.

2. No hay ninguna preocupación que atormente más al hombre, mientras permanezca libre, que encontrar a alguien frente a quien se hinque. Esto le da paz y seguridad.

3. Pero no sólo es encontrar a alguien frente a quien el hombre se postre, sino encontrar a alguien en quien todos los demás también crean y se arrodillen.

Te das cuenta, Jesucristo, que no hay nada más cotizado por el hombre que encontrar a quien regalar su libertad y así apaciguar su conciencia.

El hombre seguirá a quien seduzca su conciencia.

Hay tres poderes, sólo tres poderes sobre la tierra, que son capaces de conquistar y mantener cautiva para siempre la conciencia de los débiles hombres. Estos poderes son: el milagro, el misterio y la autoridad. Tú rechazaste los tres y te regalaste como ejemplo de libertad.

Segunda tentación

Si supieras que eres el hijo de Dios, tírate, porque los ángeles de tu Padre no permitirán que te pase algo y así habrás probado tu fe en Dios.

Pero no quisiste, rechazaste el milagro para así no esclavizar a la gente. Porque quieres fe, que significa libertad y no milagros. Porque quieres que te sigan por amor. Si cuando estabas colgado en la cruz, y los soldados se

burlaban de ti, te hubieras bajado como te lo solicitaban, hubiera desaparecido la fe para siempre.

Tercera tentación

Si hubieras aceptado la espada del César para ir al frente del aguerrido pueblo, le hubieras dado a la humanidad lo que tanto busca: alguien frente a quien arrodillarse, alguien quien tome su conciencia en sus manos, le diga qué hacer, y así, sin dudar, seguirlo; alguien que los una y los haga iguales.

Porque tú te equivocaste al haber rechazado las tentaciones, nosotros ahora hemos arreglado todo, ya que hemos convencido a los hombres de que se sometan a nosotros. Ahora sí que son felices. Tú bien sabes, que la libertad, el libre albedrío y la ciencia llevan al ser humano a tal laberinto de misterios sin solución que si nosotros no los dominamos se destruirán.

Este maravilloso cuentito, del cual sólo he hecho un muy breve resumen y que los invito a que lo lean, termina cuando el Gran Inquisidor, después de incansables reproches, observa al Maestro silencioso, apacible y lleno de comprensión, entonces se levanta le da un beso en la mejilla y lo deja en libertad pidiéndole que nunca regrese.

Alyosha, el menor y piadoso hermano del clan Karamazov, que ha escuchado con atención nerviosa el relato de su hermano mayor, dice: "Ya sé en dónde está el secreto. Tu inquisidor no cree en Dios, ese es todo el secreto".

Creer en Dios

Creer en Dios no es buscar en la ciencia consuelo y explicación. Creer en Dios no es encontrar el milagro que asegura nuestra decisión. Creer en Dios no es seguir al líder que nos promete lo mejor. Creer en Dios no es regalar nuestra libertad al mejor postor.

Creer en Dios es privilegio de los humildes y sencillos, que no quiere decir pusilánimes y dejados, sino capaces de regalarse en un proyecto que es vida y amor.